

La mexicanidad política y filosófica en el sexenio de Miguel Alemán. 1946-1952.

TZVI MEDIN
Universidad de Tel Aviv

No hubiera sido necesario ser un observador muy perspicaz para sorprenderse a fines de los cuarenta de los grandes cambios ocurridos en México en lo político, lo ideológico y lo filosófico con respecto a la reciente etapa cardenista que se había prolongado de 1934 a 1940.

El sexenio cardenista había presenciado el fin del maximato de Plutarco E. Calles y de la oligarquía callista, y también fue testigo de la conformación de un régimen político presidencialista, de facto y no sólo de iure; régimen en el que el presidente detentaba un poder absoluto e instrumentaba un partido oficial, el PRM, que con su estructura sectorial posibilitaba la centralización, unificación, control y manipulación de las diferentes clases sociales y grupos políticos mexicanos.

Este régimen político cardenista posibilitó la realización de una amplia e intensa reforma agraria basada fundamentalmente en el impulso al ejido colectivo, y asimismo dió un gran impulso a la industria nacional en medio de una política antiimperialista que encontró su punto de culminación en la nacionalización del petróleo el 18 de marzo de 1938. Todo esto se vió cubierto por una ideología socialista y antiimperialista propagada profusamente y expresada también en el intento de imponer una educación socialista oficial.

A nivel intelectual, empero, no es posible hablar en estos años de la hegemonía marxista. Antonio Caso, la primera figura de la filosofía

mexicana de entonces, había bloqueado decididamente los intentos de Vicente Lombardo Toledano de copar la Universidad Nacional para el marxismo, y Samuel Ramos escribiría *El perfil del hombre y la cultura en México*, oponiéndose a la importación servil de doctrinas foráneas.¹ Hubo, claro está, personajes de la talla de Narciso Bassols, pero todo estuvo muy lejos de cualquier sueño de hegemonía marxista en los círculos intelectuales.

De todas formas, a pesar de las innovaciones ideológicas y los logros políticos, sociales y económicos, el cardenismo no prosperó más allá del sexenio cardenista. Ya con el presidente Manuel Avila Camacho se postuló de hecho un nuevo proyecto nacional basado en "la unidad nacional", que implícitamente venía a neutralizar la lucha de clases y la ideología socialista, y ello en medio de una amplia colaboración económica, política y en parte militar con los Estados Unidos sobre el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial.² Avila Camacho se preocupó de no dejar rastros de la educación socialista en el artículo constitucional N°3, y del socialismo quedaron solamente aquí y allí algunos residuos terminológicos que venían más bien a evitar la confrontación con Cárdenas.

Pero todo esto era postulado en tanto el imperativo que surgía de la coyuntura internacional, y podía ser interpretado como una política coyuntural que sería abandonada al finalizar la conflagración mundial. Sin lugar a dudas así lo entendieron no pocos sectores cardenistas. Mas al tomar la presidencia de la República en 1946, Miguél Alemán Valdés convertiría definitivamente lo supuestamente coyuntural en un nuevo proyecto nacional en franca alternativa, en muchos aspectos esenciales, al cardenismo. Y sería con Alemán que se postularía una ideología oficial de la mexicanidad que implicaba un desarrollismo económico basado en un abierto liberalismo capitalista. Esta debía ser la nueva connotación del nacionalismo mexicano oficial.

En este artículo nos centraremos en el análisis de la conformación y del contenido de la ideología de la mexicanidad en los círculos oficiales alemanistas en medio del contexto político mexicano, y asimismo en la paralela aparición de la corriente de "la filosofía de lo mexicano", que llegó a su apogeo en el segundo trienio alemanista. ¿Cuál es la innovación de tales ideologías y filosofías con respecto a las que las antecedieron? ¿Cuáles son sus significados sociales, políticos y culturales? ¿Cuáles son sus mutuas relaciones?

I

La ideología política del mexicanismo, o la mexicanidad, como también solía denominarse, fue postulada básica e implícitamente en confrontación con el socialismo cardenista, y explícita y muy especialmente con el socialismo de Vicente Lombardo Toledano. Lombardo

Toledano era un líder sindical marxista de renombre mundial que había fundado durante el sexenio cardenista la Confederación de Trabajadores de México (CTM), uno de los pilares más importantes del partido oficial. Lombardo Toledano había sido inclusive el primero en proclamar la candidatura presidencial de Miguel Alemán en junio de 1945, y ello por medio de un discurso que a la vez que elogiaba a Alemán le hacía también serias advertencias: "Honre usted con su conducta y su palabra, con su pensamiento y su acción a la Revolución de la cual es usted hijo... contará con el apoyo nuestro, el de las masas populares organizadas, que vigilarán el cumplimiento del programa de la Revolución, y que estarán con usted para estimularlo en sus actos positivos y también para censurarlo públicamente en sus errores o en sus desvíos". Y más aún, "...usted es un cachorro de Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho".³ Seguramente no fue muy del agrado del futuro presidente el aire de patrocinador político de Lombardo Toledano ni las supuestas limitaciones de un censor de izquierda. Más aún cuando Lombardo Toledano aunaba a su marxismo una postura antiimperialista cargada de recelos y temores frente al gran vecino del norte, y ello en tanto Alemán veía como parte esencial de su proyecto nacional la colaboración económica con los Estados Unidos y el constante estímulo a la iniciativa privada. Ya candidato presidencial, Alemán había establecido claramente en su Programa de Gobierno que "...el Estado debe brindar la más amplia libertad para las inversiones particulares, reconociendo que el desarrollo económico general es campo primordialmente de la iniciativa privada".⁴

Si a todo esto agregamos que Alemán se enfiló rápidamente desde el primer día de su gobierno hacia la detención de la reforma agraria y entró en íntima colaboración con los capitales estadounidenses a la vez que "disciplinaba" a obreros y campesinos por igual, no debe entonces causarnos sorpresa alguna que Lombardo Toledano a los pocos días de verificadas las elecciones presidenciales salió con un llamado dramático en pro de la creación de un nuevo partido, que finalmente sería creado bajo el nombre de Partido Popular (P.P.)⁵. Más aún, Lombardo Toledano intentaría llevarse consigo a la CTM, provocando una violenta pugna política de la que saldría con las manos vacías.

Es en este contexto político que se fue conformando la ideología del mexicanismo del partido oficial. El Partido Revolucionario Institucional (PRI) se "autodepuró" del lombardismo y posibilitó la existencia del Partido Popular para la fachada democrática, aunque a la vez lo atacó constantemente en un proceso que le permitió ir definiendo su propia fisonomía ideológica. Para mayo de 1949 la Secretaría de Gobernación ya negaba el registro electoral al Partido Comunista de México en medio de un ambiente anticomunista —recuérdese, claro está, el trasfondo de la "guerra fría"— que venía a "manchar" también al Partido Popular.

Para su primera asamblea el PRI atacaba al Partido Popular en términos ya aceptados y que eran esenciales para su propia autodefi-

nición: "El llamado tercer partido ha crecido bajo el viento afixiante del llamado marxismo criollo, fuera de la atmósfera pura y vital de la patria. Comunistoides e izquierdistas, se confunden bajo una misma bandera y militan bajo una misma consigna... El PP es el partido de la gente sin patria, de los huérfanos de nacionalidad, de los que espiritualmente se encuentran desterrados de su propio país".⁶ Este era evidentemente el negativo del PRI: "Frente a teorías importadas de países extraños", continúa exponiendo el Presidente del PRI, Gral. Sánchez Taboada, "en circunstancias diversas a las nuestras, afirmamos nítidamente el credo de la mexicanidad, ya que lejos de adoptar otros dictados, creemos en México".⁷

Y lo mismo frente al Partido Acción Nacional, en la derecha del espectro político: "Los integrantes tradicionales del partido conservador —llámense reaccionarios, conservadores o sinarquistas— han vivido de la traición a México".⁸

El partido oficial es identificado con la nación mexicana, y no es extraño, entonces, que la ideología de la mexicanidad se halla expresado durante los tres primeros años del sexenio alemanista en actividades del PRI, del tipo la edición de un millón de folletos sobre las principales figuras y acontecimientos de la historia mexicana, y en el desarrollo de "...una amplia y fervorosa acción cívica sobre todo en torno al culto de nuestros héroes".⁹ El PRI se preocupa por el espíritu patriótico de los ciudadanos, y el buen ciudadano debe ser patriota y por ende priista.

El partido oficial de la revolución mexicana, ya sea como Partido Nacional Revolucionario desde 1929 o como Partido de la Revolución Mexicana desde 1938, siempre se había plantado frente a la derecha reaccionaria; pero ahora, al acentuar su mexicanidad como esencia ideológica, venía a eliminar las alternativas ideológicas, sociales y políticas de connotaciones izquierdistas que había albergado en su propio seno. Con el PRI, desde 1946, la Revolución se ha institucionalizado y debe desarrollarse dentro de los marcos establecidos. Este es el significado último del PRI: deslegitimación de toda alternativa cualitativa y postulación del crecimiento económico capitalista como esencia del progreso "revolucionario". Es por ello que también se dará la neutralización en el seno del PRI de los sectores que representan las fuerzas sociales, obreros y campesinos, que objetivamente detentan la posibilidad de un potencial revolucionario. Estos serán integrados ideológica y organizativamente, neutralizándose su potencial centrifugal respecto al sistema.

Sólo 6 años habían pasado desde 1940, el último año del sexenio cardenista en el que aún se veían las fotos de Marx y Lenin en los libros de estudio de la escuela primaria. El cambio exigió una eximia pericia política y se desarrolló paulatinamente durante el sexenio de Avila Camacho para asentarse oficialmente con la elección de Alemán como candidato presidencial y con la creación del PRI el 18 de enero de 1946 en lugar del PRM de origen cardenista.

Cárdenas había legado el principio político de que el partido oficial constituía un instrumento político en las manos presidenciales, y este

mismo principio sería el que posibilitaría la descardenización del partido. Avila Camacho lo hizo en un principio en el marco del PRM a nivel estructural con la creación en su seno de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), que con la representación de la clase media campesina y urbana vino a neutralizar a los sectores obreros y campesinos. A principios de 1946, Avila Camacho y Alemán, este último ya candidato presidencial, crearon el PRI en lugar del PRM, completando la descardenización del partido, tanto a nivel estructural como ideológico.¹⁰

Las diferencias entre las declaraciones de principios del PRM y el PRI son sumamente significativas, y permiten aseverar que el objetivo de Avila Camacho y Alemán al crear el PRI fue el de dar por terminada una etapa de la Revolución Mexicana caracterizada por la retórica y la ideología socialista y postular, desde el principio, los instrumentos ideológicos para la innovación definitiva de una nueva época. Pero el arte de la política mexicana no permitió en un principio la confrontación abierta con el cardenismo, y el cambio de ideología se dará más bien por omisión, siendo la declaración de principios del PRI significativa en especial por lo que omite de los previos principios del PRM en el camino a la ideología de la mexicanidad. Así, por ejemplo, se elimina el previo objetivo del PRM de "...preparar al pueblo para la implantación de una democracia de trabajadores y para llegar al régimen socialista"; se omite el principio del PRM de que "...debe alejarse toda posibilidad de someter al arbitraje obligatorio los conflictos de huelga"; se matiza esencialmente "...la urgencia de conformar una economía agrícola colectiva", y se postula, en cambio "...la conveniencia de conformar una economía agrícola colectiva en todos aquellos casos en que sea posible y en que lo soliciten los interesados". Finalmente, en lugar de la educación socialista postulada por el PRM, se fija que la educación debe estar orientada "con criterio avanzado y nacionalista"; y asimismo el lema oficial del partido es cambiado: en lugar de "Por una democracia de trabajadores" —"Democracia y justicia social"¹¹.

Pero estos miramientos tácticos fueron abandonados rápidamente, como ya hemos visto, y la mexicanidad se manifestó abiertamente como antisocialista.

Mas el mexicanismo ideológico le fue importante a Alemán no sólo en lo que se refiere al asentamiento de su poder político eliminando a la izquierda del seno de su partido, sino también para poner fin a la lucha de clases promovida por el cardenismo. La paz social era esencial para su estrategia económica capitalista, y para promover las inversiones de los hombres de empresa mexicanos y estadounidenses. En su programa de gobierno Alemán les asegura que sus inversiones "...estarán a salvo de las contingencias de la injusticia"¹², y en el discurso de la toma del poder aclara que mantendrá los intereses del país por encima de los intereses particulares o de grupos y que se evitarán los paras ilícitos.¹³ La preocupación por la neutralización de la lucha de clases en medio de la reforma agraria se manifestó, por su parte, en la idea de que urgía la tranquilidad en el campo para posibilitar el

incremento de la producción, y en el anuncio de que esta tranquilidad se impondría por todos los medios legales.¹⁴ Alemán no dudó en utilizar el ejército cuando obreros o campesinos no comprendieron las nuevas leyes del juego ni la nueva dirección de la política nacional.¹⁵

La ideología de la mexicanidad que se expresó como anticomunista y antisocialista, e intentó en nombre de la unidad nacional neutralizar las confrontaciones sociales, intentó presentarse asimismo como un pragmatismo desarrollista en el que el aproximamiento tecnológico venía a neutralizar todo atisbo ideológico. El pragmatismo técnico-económico debía ser la llave para la solución de los grandes problemas nacionales y Alemán trajo a las secretarías del gobierno una nueva y joven generación, civil y universitaria, en lugar de los viejos generales revolucionarios.¹⁶ La capacidad técnica y la especialización universitaria se centrarían en la solución de la problemática nacional, perpetuando la unidad nacional. Pero esta vez ya no se trataría de la unidad nacional forzada por la contingencia bélica, sino de otra unidad basada en la comprensión por parte de los diferentes sectores sociales de que sus intereses específicos se verían satisfechos solamente en medio del desarrollo económico nacional. El desarrollismo nacionalista no debaja, entonces, mucho lugar para las divergencias sociales e ideológicas, y el éxito económico fortalecería esta tendencia definitivamente.

Es así que ya la campaña electoral de Miguel Alemán se encontró centrada básicamente en lo que denominó "las mesas redondas". Estas se llevaron a cabo a lo largo y a lo ancho del país con la participación personal de Alemán, y se dedicaron a abordar el estudio de los grandes problemas nacionales y los aspectos más sobresalientes de la vida económica regional. En las reuniones participaron solamente los representantes de los diferentes sectores económicos, "...con exclusión absoluta de cualquier elemento de carácter político", tal cual lo expresaron los mismos organizadores.¹⁷ Más aún, "las mesas redondas" fueron organizadas por una comisión especial del Comité Nacional Alemanista, y no por el PRM, ni por el PRI, que se crearía en su lugar en medio de la contienda electoral.¹⁸

Pero evidentemente no existen proyectos económicos que sean neutrales y meramente técnicos. Lo técnico y lo pragmático se refieren a los medios, mas éstos son precisamente meros medios para el logro de objetivos determinados que implican siempre una determinada visión social y política, implícita o explícitamente. Todo proyecto económico es de trascendencia social y política, y el alemanismo no fue una excepción imposible al respecto. La mexicanidad en tanto nacionalismo desarrollista se basó en un consciente impulso a la iniciativa privada en función de los principios liberales y con el pleno apoyo del Estado, que tomó la primacía económica en aquellos sectores económicos en los que no podía funcionar la iniciativa privada; o que, como en el caso del petróleo, la privatización de la empresa implicaría el degollar una de las vacas sagradas de la Revolución y la confrontación abierta con Cárdenas y muchos más.

Finalmente, aunada a estas connotaciones antisocialistas y desarrollistas de la mexicanidad, debemos mencionar que esta ideología viene también a funcionar como una compensación simbólica, o manto ideológico y retórico, sobre la creciente dependencia económica -y en parte política- de México frente a los Estados Unidos.

México había prosperado económicamente durante la Segunda Guerra Mundial, pero, al finalizar la contienda, los Estados Unidos reanudaron de inmediato su producción civil y sus exportaciones, saliendo a la reconquista de los mercados abandonados previamente. Esto provocó ya en 1946 una baja radical en las exportaciones mexicanas y un gran aumento en las importaciones que comenzaron a fluir de la frontera norte. Es así que la balanza de pagos favorable a México desde 1942 acusa en 1946 un alarmante déficit de 99 millones de dólares, y el índice del volumen de la producción mexicana, que venía elevándose vertiginosamente, se detiene y se mantiene estático.¹⁹ México simplemente no podía competir ni en calidad ni en precio con los productos de importación de la nueva producción masiva norteamericana, y su reciente desarrollo industrial se encontraba en verdadero peligro de desaparecer como si no hubiera existido.²⁰ México en la posguerra necesitaba llegar a acuerdos con los Estados Unidos en lo que se refiere a la problemática arancelaria, necesitaba apoyo financiero, tecnología, maquinarias. La dependencia económica se acentuó dramáticamente desde el primer momento y Alemán postuló la colaboración económica con los Estados Unidos como uno de los pilares de su proyecto nacional. Pero ello implicaba evidentemente el alistarse con los Estados Unidos en las confrontaciones del momento. Ya en su protesta presidencial Alemán declaró que "...en medio de la confusión universal de esta hora, el Nuevo Mundo debe ser el guardián de las libertades humanas".²¹ Dentro de la nueva confrontación mundial era claro donde estaría México, y Alemán se preocupó por aclararle al embajador norteamericano, en su primera visita, que el petróleo mexicano estaría a disposición de los Estados Unidos en cualquier caso de emergencia.²²

El nacionalismo socialista veía en los Estados Unidos el portaestandarte del capitalismo pernicioso y el antiimperialismo opresor y expansivo. El mexicanismo alemanista, en cambio, veía en los Estados Unidos un ejemplo del capitalismo liberal con el cual debía colaborar económicamente y con el que podía disentir políticamente solamente a nivel latinoamericano (pactos militares, organizaciones americanas, etc.), y ello en límites sumamente estrechos. Frente a la inevitable dependencia era necesaria, entonces, la compensación simbólica de un nacionalismo ideológico que México supo manejar con mucha maestría hasta sus límites posibles en todos los eventos internacionales. Al lado de la obligada elasticidad diplomática de los acuerdos finales, los representantes mexicanos siempre hicieron gala en conferencias, como la de Río o Bogotá, de una oratoria que hizo patente su postura independiente y su exigencia al respecto del derecho de autodeterminación y el principio de la no intervención.²³ Este elemento

ya clásico de la diplomacia mexicana fue muy importante dentro de una ideología de la mexicanidad que neutralizaba y compensaba, entonces, la creciente dependencia.

II

Paralelamente a la ideología de la mexicanidad fue surgiendo durante el sexenio alemanista la corriente de "la filosofía de lo mexicano". A pesar de lo complicado del desarrollo de la apasionante trama de la evolución de la cultura mexicana postrevolucionaria, parecería que una de sus facetas constantes y más prominentes, aunque no siempre predominantes, reside en esa preocupación por lo propiamente mexicano, por la búsqueda y el análisis de lo esencialmente mexicano. Durante el período presidencial de Alemán esta tendencia se expresó patentemente en diversos ámbitos de la cultura mexicana, y llegó inclusive a ser predominante, como en el caso de la filosofía. El mismo Alemán expresaría posteriormente que es imposible que los mexicanos creen en sí mismos "...si desconocemos las profundas raíces de las cuales emerge el ser de la mexicanidad, adoptando servilmente formas culturales de reciente importación".²⁴

"La filosofía de lo mexicano", aunque nutriéndose del pensamiento mexicano revolucionario de Antonio Caso y José Vasconcelos, parecería relacionarse en forma especial, como su antecedente inmediato, a la problemática planteada por Samuél Ramos en su famoso *El perfil del hombre y la cultura en México*. Pero nos referimos a la problemática y no a la postura tomada frente a la misma. Ramos, escribiendo a comienzos de los treinta en el contexto de las repercusiones de la crisis económica de 1929 y de la sombra política del maximato, había descrito lo que consideraba el complejo de inferioridad del mexicano, abundando en lo que intentó ser un análisis psicológico de corte adleriano y dibujando los contornos de un ser mexicano agobiado, casi definido por su complejo de inferioridad que le impedía concretizar sus propias potencialidades. La "filosofía de lo mexicano", en cambio, se daría ya luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando Europa, el gran centro de la cultura mundial, de lo que se consideró como la cultura por excelencia, yacía en medio de las cenizas de una contienda en la que también se hicieron patente el barbarismo irracional y la negación de todo valor humano. Europa ya no era Europa, y América debía dejar de ser un mero reflejo para volver a reconsiderarse en una nueva perspectiva, libre de todo colonialismo cultural. El sexenio de Alemán fue un momento propicio para este movimiento filosófico de autoafirmación. El auge económico y la estabilidad política, el objetivo oficial de lograr la autonomía económica nacional y el gran prestigio internacional de México, constituían, sin lugar a dudas, un fermento excelente para el desarrollo de un optimismo y una fe en sí

mismos que se expresaría también en las élites culturales.

El impulsor de “la filosofía de lo mexicano” fue Leopoldo Zea, al frente del grupo filosófico Hiperión, que incluyó en el momento de su creación a Joaquín Macgregor, Jorge Portilla, Salvador Reyes Neváres, Emilio Uranga, Fausto Vega, Ricardo Guerra y Luis Villoro. El Hiperión llevó a cabo numerosas mesas redondas y polémicas con la participación no sólo de filósofos, sino asimismo de historiadores, literatos, economistas, sociólogos, científicos, etc. Asimismo publicaron la colección *México y lo mexicano*, en la que aparecieron libros como *En torno a la filosofía mexicana*, de José Gaos; *Mito y magia del mexicano*, de José Carrión; *Análisis del ser del mexicano*, de Emilio Uranga; *Aproximaciones a la historia de México*, de Silvio Zavala, entre otros muchos que se centraban en la misma temática: México y lo mexicano.²⁵

Como ya lo hemos señalado, la primera figura de este movimiento fue Leopoldo Zea, quien instrumentó elementos filosóficos del pensamiento de Ortega y Gasset y de Sartre. Zea fue alumno destacado del “transterrado” español José Gaos, y con él ahondó en la obra de Ortega y Gasset. En lo que se refiere a nuestra temática, es necesario señalar la gran importancia del circunstancialismo y del perspectivismo orteguiano en la misma posibilidad de un vuelco filosófico hacia lo estrictamente propio. “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo...”, fue el moto orteguiano de un circunstancialismo que venía a convertir también a la circunstancia mexicana en objeto del pensamiento filosófico. “Salvación”, para Ortega, era conceptualizar, otorgar sentido a lo que nos rodea, poner al tema tratado en relación inmediata con “las corrientes elementales del espíritu, con los motivos clásicos de humana preocupación”. Y es entonces que “una vez entretelado con ellos queda transfigurado, transustanciado, salvado”.²⁶

México también podía ser objeto de la reflexión filosófica, pero, más aún, era urgente el que así fuera. Ya en 1942 Zea, en uno de sus primeros escritos, había señalado que América había vivido cómodamente a la sombra de la cultura europea hasta que en medio de la guerra esta cultura parecía desaparecer en el mismo continente europeo y América se veía obligada a volverse sobre sí misma y “...plantar su propio árbol cultural, hacerse sus propias ideas”.²⁷ Y si el circunstancialismo lo posibilitaba filosóficamente, el perspectivismo orteguiano, que hacía de toda perspectiva un componente esencial de la verdad, venía a exigir para Zea también una perspectiva mexicana, propia de México y de su mundo conceptual. Y escribimos “para Zea”, puesto que el gran europocentrista que fue Ortega no lo vio así.²⁸

Estas ideas orteguianas le permitieron a Zea volverse hacia el estudio de la historia de las ideas en México, y asimismo conformar una idea muy específica de la filosofía acorde al historicismo del maestro

español.²⁹ Ambas son importantes para la comprensión real del significado de “la filosofía de lo mexicano” que se desarrollaría algo posteriormente, a fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta.

Los estudios de la historia de las ideas condujeron a Zea a la conclusión de que los problemas pedagógicos y políticos que constituyen gran parte de la problemática a la que se aboca la filosofía latinoamericana tienen su origen en lo que Zea denomina “nuestra propia constitución histórica”. ¿Y cuál es ésta? “México, o más ampliamente América, ha surgido a la historia como dependencia europea. Entra a la cultura occidental porque Occidente ha necesitado de ella y la descubre apropiándose”.³⁰ La dependencia, entonces, como esencia de la constitución histórica de los pueblos latinoamericanos, y Zea concebirá así a la historia de la filosofía de México, como un proceso de confrontación con tal dependencia y de constante bregar por emanciparse de la misma. O sea, una filosofía que Zea considera caracterizada básicamente por su lucha por la independencia, por la libertad, lo que será también propio de su obra.

Esta idea que surge de sus estudios históricos se aúna coherentemente con su propia visión filosófica, acorde a la cual la filosofía se origina al enfrentarse el hombre a una aporía, a un problema. Instrumentando un concepto del filósofo español Zubiri, Zea señala que las cosas que nos son familiares constituyen nuestro horizonte, y que los objetos problemáticos son aquéllos que no encuentran su lugar dentro del mismo, y dejan de ser problemáticos al ubicarse dentro del mismo. El horizonte propio de la filosofía, diferente del matemático o del químico, por ejemplo, los abarca a todos ellos y se presenta como una ciencia de la totalidad. Mas cada época histórica tiene su propio horizonte, y, por ende, sus propios problemas. Pero la extrañez del filósofo, nos dice Zea, no es por un objeto determinado en su horizonte conceptual, sino por el horizonte todo. “Esta pérdida del horizonte de época es lo que conocemos como crisis de la cultura. La filosofía es la pérdida de la totalidad. Su problema es recobrar la totalidad perdida, que es su mundo”.³¹

De aquí, entonces, que Zea considere que la comprensión de una filosofía pueda darse solamente a partir de la comprensión del horizonte que le es peculiar; y por otro lado, sus investigaciones lo llevaron a la comprensión de que lo que es peculiar del horizonte mexicano y latinoamericano en general es la dependencia.

Con estos antecedentes era muy difícil que Zea llegara con la “filosofía de lo mexicano” a una mera descripción fenomenológica. Zea no deja de reconocer en esos momentos su deuda con los maestros existencialistas: “La Fenomenología nos ha ofrecido métodos para estudiar nuestra realidad elevándola a campos más abstractos. Heidegger y Sartre han justificado también nuestras preocupaciones por el Ser del Hombre; pero de un hombre tan concreto como lo es el mexicano. El Grupo Filosófico Hiperión encontró en Sartre el mejor instrumental para sus trabajos y la justificación de los mismos”.³²

Pero, por otro lado, este existencialismo intentaría ser instrumentado

por Zea en función de su visión filosófica y de las urgencias vitales de su contexto mexicano: "La pura descripción y explicación de las formas o modos de ser del hombre de México no puede ser, de ninguna manera, un fin en sí mismo dentro de la preocupación que ahora nos embarga... dentro de una realidad como la nuestra; una realidad siempre urgente, el puro contemplar, el puro describir, el puro admirar o repetir deportivamente una lección aprendida no tiene cabida... Esta descripción, ese apreciamiento de las líneas que escorzan nuestra existencia no puede tener otro fin que el tomar conciencia de la realidad dentro de la cual hemos de elaborar los instrumentos que nos sirven para transformarla".³³

Zea, entonces, se abocará al estudio del modo concreto de ser del mexicano, pero con el objetivo específico de discernir las posibilidades propias de su circunstancia y, en función de éstas, señalar sus responsabilidades específicas. Luis Villoro, de los integrantes del Grupo Hiperión, escribiría que el grupo se encontraba animado por un proyecto consciente de autoconocimiento que les proporcionara las bases para una posterior transformación de México.³⁴ Un autoconocimiento que por sí mismo implicaba la negación de la dependencia cultural y el deseo de elevar las soluciones de las entrañas mismas de la realidad nacional.

La toma de conciencia como trampolín para lanzar a México hacia una nueva etapa de su historia implica en verdad una visión paralela a la expresada por el grupo político en el poder. Alemán consideraba que con su sexenio se abría una nueva etapa en el proceso de la Revolución Mexicana: el primer Presidente civil, el desarrollo industrial, la revolución agrícola (producción) en lugar de la reforma agraria (reparto), el PRI en lugar del PRM, etc. Y Zea, por su parte, luego de un análisis de la Revolución y de la comunidad y la moral mexicana, concluye en términos hegelianos que hasta esos momentos México ha venido actuando en el plano natural de la pura acción, concreta, circunstancial, inmediata, o sea, sin conciencia real de la misma y no en función de planes racionales. "Evolución ciega sin más orientación que la satisfacción de las necesidades más inmediatas".³⁵ Pero esta etapa comienza, en su opinión, a pertenecer al pasado, dejando paso a una toma de conciencia y a una acción racional acorde a la misma. Una nueva etapa se abre también aquí en la historia de México, paralelamente a lo postulado por los políticos: "En esta etapa no son válidas ya acciones balbuceantes, ni morales de carácter provisional. El conocimiento que vamos adquiriendo sobre nuestra historia y su sentido, sobre nuestra realidad y los múltiples problemas que plantea, es el mejor signo de que estamos ya en los umbrales de esa etapa de autoconciencia".³⁶

Otro paralelismo importante reside en el hecho de que "la filosofía de lo mexicano" se ocupa del mexicano y de lo mexicano, de su ser, de su moral, de sus relaciones concretas, pero todo ello, por lo general, en un plano de abstracción filosófica que no deja mayor espacio para las diferenciaciones o los análisis de los diferentes elementos

constitutivos de la realidad social mexicana. Obreros, capitalistas, latifundistas, ejidatarios son desplazados en estos análisis por lo general, por el "ser del mexicano". Se trata de una abstracción que en gran medida viene a desentenderse de la diferenciación social o pasarla a un plano secundario, paralelamente a lo que se da con el nacionalismo de la mexicanidad y su unidad nacional por encima de los intereses del grupo. Se instrumenta el circunstancialismo y el perspectivismo orteguiano, la fenomenología existencialista del momento, la dialéctica hegeliana, pero se ignora al marxismo en cualquiera de sus manifestaciones. No que debiera haberse echado mano al mismo, sino que es imposible dejar de señalar este paralelismo con el "depuramiento" de todo marxismo por parte del PRI, a la par de la neutralización por omisión, desentendimiento, o marginación a un plano secundario, de la problemática del conflicto social tanto en la ideología de la mexicanidad como en "la filosofía de lo mexicano". Claro está que esto se hace más patente en la medida en que se ahonda en el nivel de abstracción, como sucede con el análisis ontológico del ser mexicano llevado a cabo por Emilio Uranga, con influencias netamente heideggerianas.³⁷

Hablamos aquí, como el lector lo habrá notado, de un paralelismo entre la nueva ideología de la mexicanidad alemanista y "la filosofía de lo mexicano", y no apuntamos una relación de causa y efecto acorde a la cual lo filosófico podría considerarse en este caso como una mera justificación ideológica de lo político. Esto es así, en primer lugar, por el hecho de que si bien Alemania eleva un mexicanismo completamente diferente al nacionalismo cardenista socialista y anti-imperialista, "la filosofía de lo mexicano", en cambio, se da en una continuidad expresamente reconocida con el pensamiento filosófico de Antonio Caso, José Vasconcelos y Samuel Ramos, que ya previamente se habían desentendido en sus análisis filosóficos de un serio aproximamiento a la problemática de los conflictos sociales o habían entrado en serios debates con el pensamiento socialista. Los tres mencionados filósofos, muy especialmente Vasconcelos y Ramos, ya se habían relacionado expresa y explícitamente a la problemática mexicana y americana; Ramos con el libro que ya hemos mencionado previamente, y Vasconcelos con su utopía americana que se manifiesta, por ejemplo, en *La raza cósmica*. La vuelta del mismo Zea a lo propiamente mexicano se expresa ya en sus primeros artículos de 1941³⁸, y en lo que se refiere al instrumental filosófico de la fenomenología existencialista, ya en sus años de estudiante a fines de los treinta había entrado en contacto con ella gracias al enorme conocimiento de las mismas del maestro José Gaos. O sea que todo esto bastante antes del sexenio alemanista. ¿Significa ello que el paralelismo apuntado por nosotros en el caso estudiado niega todo condicionamiento social y político? No necesariamente. Lo que significa es que una tendencia filosófica mexicanista que ya venía manifestándose previamente encuentra en el contexto histórico alemanista el incentivo más adecuado para su pleno desarrollo, y en parte también para la conformación de

algunos de sus aspectos constitutivos.

En primer lugar debemos prestar atención al hecho de que el circunstancialismo orteguiano, que ya con Ramos se había impuesto en amplios círculos filosóficos, remite a nuestros filósofos a la conceptualización-salvación de la circunstancia propia, y en el caso de la circunstancia alemanista se trata de un México con un exuberante optimismo en medio del gran éxito del desarrollo económico que continuaba aceleradamente a pesar de que el conflicto mundial en el que México floreció económicamente ya había finalizado. La tasa de crecimiento del PIB (Producto Interno Bruto) alcanzó entre 1947 y 1952 un promedio anual del 5.7%, con un gran crecimiento en la producción de la energía eléctrica y el petróleo y también de la industria manufacturera y de construcción. El ingreso real por habitante que había ascendido de 1947 a 1949 en 51 pesos, saltó entre 1949 y 1952 en 221 pesos de 1950.⁴⁰ Alemán y el PRI, amén de ello, habían estabilizado definitivamente la política mexicana al aunar al éxito económico el pasaje calmo y ordenado de los generales-presidentes al primer presidente civil, Lombardo Toledano marginado de hecho de la política nacional, y la izquierda atomizada en medio de las purgas y ni siquiera marginal. Si éste era el contexto, claro está que la tendencia filosófica que nos ocupa se fortalece al volverse sobre él para discernir el ser del mexicano. Y es por ello también que a pesar de instrumentarse elementos de la fenomenología existencialista, no se adoptan los sentimientos de frustración, angustia y desesperación como los preponderantes en la visión de la existencia humana. La vivencia de la náusea y la muerte pueden ser propias del hombre europeo luego de la hecatombe pero estaban lejanas, muy lejanas de lo mexicano de ese momento. En este sentido el existencialismo precisamente fortalecía, en tanto expresión de la crisis europea, la vuelta hacia lo propio en América, la confianza en el comienzo de una nueva época. La fenomenología que parecía describir casi un final del hombre europeo, era el instrumento que en manos de Zea, por ejemplo, describía el umbral de una nueva época en medio de las prometedoras circunstancias. "El hombre se convierte en instrumento de matanza y en la matanza misma", escribe Zea, refiriéndose a la Guerra Mundial, "Se destruye al hombre en su cuerpo y en su alma. Dentro de este mundo todo es ya posible; no se cuenta ya con seguridad alguna... Frente a este mundo los pueblos de nuestra América, y México entre ellos, se dan cuenta de que no son tan atrasados, ni tan faltos de valores como se había venido suponiendo. México se da cuenta del alto espíritu humano de que está provisto a pesar de todos sus errores y fracasos. Ya no puede ser visto como un país símbolo del atraso o la barbarie, porque ha luchado en la Revolución por alcanzar un bienestar general. Este atraso y barbarie se hacen ahora patentes, elevados al más alto grado, en los cultos pueblos que hasta ayer se lo reprochaban".⁴¹ Y más aún: "En Europa la nueva guerra a dado lugar a nuevas valoraciones, a nuevas filosofías. Se empieza a comprender a otros pueblos. El historicismo es fortalecido por el existencialismo en su crítica a la pretensión de Europa como

donadora de toda posible humanidad. Ahora el europeo no es sino un hombre entre hombres; un hombre cuya cultura ha sido puesta en suspenso. Por primera vez se da cuenta de su radical soledad".⁴²

Es así que la crisis europea nos permite comprender uno de los aspectos más profundos de "la filosofía de lo mexicano", y muy especialmente de Zea: la vuelta hacia lo propiamente mexicano en un movimiento filosófico que tenía por objetivo la reivindicación humana del mismo. Lo universal no debía ya buscarse en los cielos europeos, nublados y tempestuosos, sino que se encontraría en el terruño propio. Lo universal en lo concreto, y también en lo concretamente mexicano. La cancelación de la base filosófica de la dependencia implicaba la postulación de que todos somos iguales precisamente en: nuestras esenciales diferencias, que son las propias de la concreción humana, "...en lo concreto, lo más concreto, se oculta lo universal"⁴³. El contexto universal y el contexto nacional justifican "la filosofía de lo mexicano" y la legitiman en su valor universal. Emilio Uranga escribiría con optimismo al referirse a su instrumentación del existencialismo, que "...el mexicano se ha aproximado a lo universal y está en sus vísperas de estilo ecuménico".⁴⁴

Existen, empero, algunos momentos de "la filosofía de lo mexicano" en que los paralelismos se convierten en convergencias, básicamente cuando esta filosofía roza o toca lo político.

Así, Zea, por ejemplo, luego de recordar que lo universal reside en lo propiamente mexicano, aprecia a la Revolución Mexicana en tanto "...el instrumento más eficaz para captar en nuestra realidad muchos de los elementos que pueden dar a México un lugar en ese campo de la universalidad"⁴⁵. Una revolución auténticamente mexicana que comenzaba a poner fin a la dependencia, que no se había valido de "ismos" europeos sino que había surgido de las mismas entrañas del pueblo para quitar los velos de las ideologías extranjeras y permitir finalmente descubrir la misma realidad mexicana en la que residían precisamente sus valores universales. Con la Revolución, México se encontró a sí mismo, escribe Zea, "...primero se palpó y se hirió mortalmente; después se captó intuitivamente por medio del arte y ahora trata de hacerse consciente por medio de la reflexión".⁴⁶ Y Zea considera que esta revolución continúa teniendo vigencia por una razón bastante paradójica. En su opinión, una revolución muere o sobrevive en función del cumplimiento de sus programas que la convierten en innecesaria, o del cumplimiento inacabado que exige su persistencia. Pero Zea sostiene que los planes de la Revolución Mexicana han sido siempre de carácter concreto y circunstancial, libre de los "ismos" importados de más allá de sus fronteras. En una extraña prolongación del concepto del circunstancialismo, Zea señala que la Revolución Mexicana se encuentra montada sobre las mismas circunstancias, y su vigencia dependerá de la capacidad que tengan sus hombres para ir resolviendo los cambiantes problemas que la realidad les vaya planteando. De aquí surge para Zea la discutida permanencia de la Revolución: "al cabo de cuarenta años aún se habla

de la Revolución Mexicana, sin que tal cosa, necesariamente, implique simple demagogia".⁴⁷ El ideal seguirá siendo el inicial, un México mejor, aunque siempre de acuerdo con lo que vayan entendiendo por tal las nuevas generaciones.⁴⁸ Y aquí al circunstancialismo que perpetúa la revolución se agrega el perspectivismo histórico-generacionalista en lo que se refiere a sus contenidos específicos. Y esto no implica un relativismo que elimina el compromiso y la responsabilidad por los objetivos de la Revolución, sino un perspectivismo que los limita al momento histórico relevante.

Pero más allá de los aspectos filosóficos de estos razonamientos se da la legitimización filosófica de la pretensión de continuar hablando en nombre de una Revolución permanente y de la posibilidad de ir cambiando sus objetivos específicos en el transcurso del tiempo sin perder su carácter revolucionario. Nada más, absolutamente nada más, podrían haber pedido los integrantes de la joven generación alemanista en el poder que proclamaban que con ellos la revolución continuaba, pero entrando en una nueva etapa desarrollista y liberal en lugar del previo socialismo cardenista.

Este tipo de convergencias se hace por momentos sumamente explícito, como cuando Zea apunta que el movimiento revolucionario se orientó hacia el nacionalismo y hacia la constitución de una auténtica burguesía nacional, una burguesía que a la par que sirviese sus intereses propios unificase al país política, social y económicamente, y lograra asegurar su independencia a nivel internacional.⁴⁹ Aunque se trata de observaciones más bien ocasionales y Zea no amplía o profundiza sistemáticamente en las mismas, de todas formas son importantes y significativas tanto por sí mismas como por la identidad que implican con las tesis de la mexicanidad. En el sexenio posterior al alemanista se le propuso ser nominado como diputado priista, pero Zea lo rechazó argumentando que no quería ser un mero adorno intelectual del partido y obtener puestos de "supuesta elección".⁵⁰ Con López Mateo, en cambio, sí aceptaría la dirección del instituto de Investigación Económica, Política y Social del partido (IEPES) y también la dirección de relaciones culturales en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Después del sexenio alemanista Zea trató de laborar en el seno del partido en el sexenio recordado en pro de una democratización del partido y de la nación, y asimismo por una mayor sensibilidad para la justicia social. La desilusión fue casi inmediata y redundaría en una fructífera vuelta a su labor esencialmente intelectual y a la postulación de una filosofía de la liberación. Otros miembros del Grupo Hiperión, como Villoro, por ejemplo, evolucionaron hacia posturas más bien marxistas.

Pero durante el sexenio alemanista mismo, el grupo ahondó en sus labores estrictamente filosóficas, aunque plenamente conscientes de los paralelismos y las convergencias que hemos señalado. Estas últimas eran explícitas e inevitables en una filosofía que se volvía al análisis de su propia circunstancia, una circunstancia tensamente politizada. José Gaos no dejó de advertirles a sus alumnos hiperiones

de los peligros de caer en una mera actividad política que encaraba una filosofía de tal tipo. Así lo hizo en un libro publicado en la misma colección de *México y lo mexicano* en 1952. Gaos escribe al respecto que la actividad científica pura es una actividad que exige una dedicación intensa y duradera que no puede ser compatible, ni simultáneamente ni en sucesión, con la acción política. El intelectual también puede dar cuenta, según Gaos, de sus obligaciones políticas, pero no en tanto político profesional. El intelectual debe plantearse y solucionar los problemas políticos de su circunstancia nacional y difundir el conocimiento de tales soluciones. Pero se trata de una actividad intelectual abocada a los problemas políticos. No se debe dar aquí la aspiración al poder, aspiración esencial de la actividad política, a no ser la del poder por medio de las ideas. Y concluye Gaos: “El paso de la actividad intelectual a la acción política no puede, pues, justificarse con el motivo nacional de la filosofía de lo mexicano, con el amor a la patria, que puede ser invocado por el afán de poder político”.⁵¹

Durante el sexenio alemanista los hiperiones quedaron dentro de los márgenes de lo específicamente intelectual, posteriormente algunos resbalaron furtivamente a la política, para descubrir hasta qué punto el maestro Gaos había acertado en sus diagnósticos, y volver entonces en muchos casos, como el sobresaliente de Zea, a una riquísima obra filosófica.

Los hiperiones, partiendo de una tradición filosófica que parte de la misma revolución, con las filosofías europeas del momento, volcándose sobre la circunstancia nacional en el sexenio alemanista, elevan en su filosofía paralelismos y conjunciones que reforzaron sustancialmente la ideología oficial del nacionalismo de la mexicanidad, y le dieron un sustento filosófico que en nuestra opinión continúa hasta hoy, a pesar de que la misma “filosofía de lo mexicano” llegó a aporías que le cerraron el paso ya a mediados de los cincuenta.

NOTAS

¹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura de México*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1988, décimosexta edición. Publicado originalmente en 1934.

² Para un excelente análisis del sexenio de Avila Camacho, véase Blanca Torres Ramírez, *México en la Segunda Guerra Mundial*, El Colegio de México, México, 1979; y Luis Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, El Colegio de México, México, 1978.

³ *El Popular*, 7 de junio de 1945.

⁴ Miguel Alemán, *Programa de Gobierno*, México, 1945, p.16.

⁵ En julio de 1947 Lombardo Toledano definió en un discurso en Toluca las funciones que deberían ser propias del nuevo partido. Véase Vicente Lombardo Toledano, *Un*

Partido Popular Independiente. Su función en el campo democrático, S.P.I. Lombardo Toledano aspiraba a que el PP colaborase con el PRI convirtiéndose en un correctivo de izquierda del mismo.

⁶ ICAP, *Historia documental del Partido de la Revolución*, PRM-PRI. 1945/1950, México, 1982, vol.V, p.631.

⁷ *ídem.*

⁸ *ídem.*

⁹ ICAP, *Historia documental del Partido...*, p. 629.

¹⁰ Para el texto íntegro de la declaración de principios, programa y estatutos del PRI, véase ICAP, *ibíd.*, pp. 254-287.

¹¹ *ídem.*

¹² Miguel Alemán, *Programa de Gobierno*, p.16.

¹³ *Los Presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, editado por la XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, México, 1966, vol. IV., p.356.

¹⁴ Miguel Alemán, *Programa de Gobierno*, p.23, y *Los Presidentes de México ante la nación*, p. 355.

¹⁵ Ya al comenzar su sexenio Alemán no dudó, frente a un paro de los petroleros, ordenar la fulminante intervención del Ejército en las instalaciones petroleras y acordó el cese del Comité Ejecutivo General del sindicato. Véase por ejemplo, *El Popular*, 20, 21 y 22 de diciembre de 1946.

¹⁶ El gobierno integrado por Alemán fue denominado por los periódicos como "el gabinete de los Licenciados". La mayoría de los Secretarios giraban alrededor de los cuarenta años, y, con la excepción del Lic. Torres Bodet, ninguno de ellos había ocupado previamente una Secretaría. Se incluían sólo dos Generales, en Defensa y en Marina.

¹⁷ *Conferencias de mesa redonda presididas durante su campaña electoral por el Licenciado Miguel Alemán*, México, 1949, p. XXXI.

¹⁸ *ídem.*

¹⁹ Nacional Financiera S.A., *La economía mexicana en cifras*, p. 156, 378, 390, 393.

²⁰ Uno de los problemas más candentes residía en la falta de protección arancelaria que era consecuencia del tratado mexicano-americano de 1942. Véase al respecto, el análisis de Jesús Reyes Heróles, "Naturaleza del tratado comercial mexicano-americano de 1942" en Joaquín de la Peña et al., *Problemas Industriales de México*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1951.

²¹ *Los Presidentes de México ante la nación*, p. 359.

²² *Foreign Relations of the U.S. The American Republics*, 1947, vo. VIII, 1972, p. 790. Según carta del embajador norteamericano con fecha 21 de enero de 1947.

²³ Para un interesantísimo relato sobre la política internacional del alemanismo, véase el libro autobiográfico de su Secretario de Relaciones Exteriores: Jaime Torres Bodet, *Memorias. La victoria sin alas*, Editorial Porrúa S.A., México, 1970.

²⁴ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, Grijaldo, México, 1987, p. 302.

²⁵ Para un importante análisis de esta filosofía, véase Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, UNAM, México, 1988, tercera edición. Para la obra de Zea, véase Tzvi Medin, *Leopoldo Zea: ideología historia y filosofía de América Latina*, UNAM, México, 1983; Francisco Lizcano, *Leopoldo Zea, una filosofía de la historia*, ICI, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1986. Salomon Lipp, *From mexicanidad to a philosophy of History*, Wilfried Laurier University Press, Waterloo, Canada, 1980. En 1950 apareció la primera edición de la famosa obra de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1981, México. Esta obra expresa un espíritu similar al de nuestra temática, pero Paz no perteneció al grupo filosófico Hiperión, en el que centramos nuestro estudio.

²⁶ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 12.

²⁷ Leopoldo Zea, "En torno a una filosofía americana" en *Ensayos sobre filosofía en la historia*, Editorial STYLO, México, 1948, p. 166.

²⁸ El mismo Zea escribió un excelente artículo al respecto: Leopoldo Zea, "Ortega, el americano", en *Cuadernos Americanos*, México, enero-febrero, 1956, pp 132-145.

- ²⁹ En la historia de las ideas sobresale su clásico *El positivismo en México, nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, publicado originalmente en dos tomos en 1943 y 1944. En lo que se refiere a su visión de la filosofía, ésta ya puede ser apreciada tempranamente en *Introducción a la filosofía; la conciencia del hombre en la filosofía*, México, UNAM; 1974. Publicado originalmente en 1953 con conferencias de un curso dictado en 1944.
- ³⁰ Leopoldo Zea, *La filosofía en México*, Libro — Mex, México, 1955, vol. II. p. 10.
- ³¹ Leopoldo Zea, *Introducción a la filosofía...*, p. 17-20.
- ³² Leopoldo Zea, *La filosofía en México*, vol. II, p. 255.
- ³³ Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, Editorial Porrúa, S.A., México, 1978, p. 47. Editado originalmente en 1952.
- ³⁴ Luis Villoro, "Génesis y desarrollo del existencialismo en México" en *Revista de Filosofía y Letras*, N. 36, octubre-diciembre de 1949, México.
- ³⁵ Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, p.27.
- ³⁶ *ídem*.
- ³⁷ Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952.
- ³⁸ José Vasconcelos, *La raza cósmica, misión de la raza iberoamericana*, Colección Austral, Espasa-Calpe, México, 1948.
- ³⁹ Véase, por ejemplo, el ya citado "En torno de una filosofía americana".
- ⁴⁰ NAFINSA, *50 años de Revolución Mexicana en cifras*, México, 1963, p. 40.
- ⁴¹ Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, p. 40.
- ⁴² *ídem*.
- ⁴³ *ibíd.*, p. 18.
- ⁴⁴ Emilio Uranga, "Maurice Merleau-Ponty: Fenomenología y existencialismo", en *Revista de Filosofía y Letras*, México, 1948, N.30.
- ⁴⁵ Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, p. 19.
- ⁴⁶ *ídem*.
- ⁴⁷ *ibíd.*, p. 20.
- ⁴⁸ *ídem*.
- ⁴⁹ "E Occidente y la conciencia de México", editado en un tomo único con *Conciencia y posibilidad del mexicano*, p. 93.
- ⁵⁰ Leopoldo Zea, "La participación del intelectual en la política", en *México, cuadernos de orientación política*, N. 2, México, PRI, 1956, p.46-52.
- ⁵¹ José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1980, p. 120-123.